

Un mundo desaparecido

El valle, el páramo, el pueblo eran el mundo, y sus límites, los límites de nuestro mundo. Del otro mundo llegaban ecos directos por el sonido del tren a su paso por el otro valle o por la radio, pero ninguno de esos ecos alteraba la vida; eran lo «otro», el otro mundo al que se marchaba para hacer la mili, pero del que se volvía, o al que se marchaba para no volver...

.....
Domingo Vallejo de Villorquite
 Profesor de Instituto

Si entendemos el mundo humano, según el decir de Ortega y Gasset, como un «repertorio de posibilidades», lo primero que hay que decir es que el mundo rural, el mundo de los hombres del campo, *ha sido* el mundo del hombre; la Humanidad ha sido, durante la mayor parte de su historia, campesina; y lo sigue siendo en gran parte del mundo, no así en Occidente. El hombre ha sido cazador, pastor y labrador, sucesivamente en el transcurso de su historia; ha sacado de la tierra las posibilidades para hacer su vida, siempre en la pobreza.¹ Pero hacia 1800, con el principio de lo que conocemos como revolución industrial, se inicia una transformación de ese mundo del que aún podemos dar cuenta, pero que aparece a nuestros ojos como *ya sido*, como pasado.

Son conocidos los datos: en la Europa del s. XIX y en la España de principios del XX, la población campesina era, aproximadamente, el 80% o el 90% del total. Luego ha habido un trasvase en el juego de los sectores productivos; de modo que desde 1970 en el llamado sector servicios se ocupa el mayor porcentaje de población, siendo la población rural una minoría; justamente a la inversa de lo que ocurría a principios de siglo. Pero el cambio ha afectado directamente al mundo rural, pues lo ha transformado en otro mundo distinto del que era, al tiempo que el «campesino» se transformaba en «agricultor», en «obrero del campo» o en «empresario agrícola».

Y ciertamente, todavía los nacidos en un pueblo antes de 1960 podemos ser testigos de ese mundo y de su desaparición. Si vamos más allá de los aspectos económicos y técnicos, la vida en el campo, era propiamente vida, es decir, no una actividad o un trabajo más y distinto del que, profesionalmente, se realizaba en las ciudades. Era, primeramente, vida *localizada* en la comarca en que se había nacido, en una tierra que se sentía como propia por estar fuertemente adscrito a ella, como lo habían estado los padres y los abuelos, con su clima conocido en las distintas estaciones, con un paisaje circunscrito como horizonte vital, con un monte y un valle distintos a otros montes y valles en los que vivían otras gentes conocidas, si eran de los pueblos de la comarca, lejanas, extrañas, «forasteras», las demás. El valle, el páramo, el pueblo eran el mundo, y sus límites, los límites de nuestro mundo. Del otro mundo llegaban ecos directos por el sonido



Félix Alonso García.

Ruinas de una iglesia en Padilla de Arriba (Burgos).

EL MUNDO RURAL EN LA ALDEA GLOBAL



Félix Alonso García.

Concurso de siega tradicional en Padilla de Arriba (Burgos).

del tren a su paso por el otro valle o por la radio, pero ninguno de esos ecos alteraba la vida; eran lo «otro», el otro mundo al que se marchaba para hacer la mili, pero del que se volvía, o al que se marchaba para no volver,

como el fraile que se había ido de misionero a Filipinas o el tío que se había ido a América.

Era, también, vida *ocupada* en «lo que había que hacer»: las faenas del campo según la época del año (sembrar, abonar, escardar, segar, acarrear, trillar, beldar...) y los trabajos y ocupaciones complementarios (ir a por leña al monte, catar las colmenas, dar una «trulla» de barro a las paredes del corral, hacer queso, ir a pescar, preparar el huerto...)

Y era, en fin, una vida con *memoria* y *con sentido*, pues cada lugar del campo tenía su nombre y su historia. Y tenían sentido las historias de los hombres del campo encontradas en la «Historia Sagrada» y en los cuentos de la abuela al calor de la lumbre; pero por encima de todas las historias, estaba la historia de la Guerra, contada, repetidas veces, por el tío que había vivido sus andanzas trágicas en el frente de Reinosa o en el Puerto del Escudo. En fin, memoria y sentido de las fiestas del año, de la fiesta del pueblo y de las de los pueblos de la comarca, con sus cantos y sus bailes, y con sus rivalidades también.

Pues bien, esa vida ya no es vida; quiero decir, que no es vida vigente, que es vida pasada; vida «desparecida» en palabras de Olegario González de Cardedal. «A la vez que muere mi *madre*, desaparece la *aldea* en que nací y deja de existir la *cultura rural* en la que cuajaron mi sensibilidad primera y mi espíritu de niño; esa cultura que duró treinta siglos, desde Abraham hasta 1960, y que en treinta años ha desaparecido. Sin esta triple matriz de origen queda un hombre sin raíces y por ello sin alas. Nuestra generación ha vivido un desarraigo múltiple: desarraigo de la tierra, desarraigo de la cultura, desarraigo de la fe, desarraigo de la familia».²

Ese mundo rural desapareció porque transformó sus ocupaciones con la llegada de la trilladora, el tractor y la cosechadora. La transformación técnica hizo del campo «tierra de cultivo» y del campesino, un «obrero agrícola» o un «empresario agrícola»; alguien que con su tractor realiza, ahora, las faenas que antes realizaban diez familias, es decir, no sólo se cambió la yunta por el tractor y la tierra en cultivo intensivo o en cultivo bajo plástico, etc., sino que ya el hombre del campo no era el mismo hombre. Y la transformación técnica, como vemos, ha

traído la transformación de todo lo demás: la comarca ya no es el paisaje de la vida localizada; cuando el coche pone al agricultor a una hora de la ciudad y hasta le lleva a vivir en ella, de modo que *el campo* queda como el lugar al que «se va a trabajar» y el trabajo mismo es el trabajo hecho como un oficio más, por el que se recibe un salario. Así el agricultor ha dejado de ser el «cateto» de pueblo en la ciudad, para ser un hombre de la urbe; y aunque viva en el pueblo su repertorio de posibilidades ya no es el que era: son otras las faenas a hacer con el tractor, otros los usos en la higiene y el vestir, otras las historias de la televisión, otras las fiestas en la discotecas...

De esa vida que ya no es más que vida pasada, de ese mundo rural desaparecido, queda el recuerdo de los viejos del lugar, a veces, únicos habitantes de los pueblos; estos quedan deshabitados la mayor parte del año, excepto en los fines de semana y en las vacaciones de verano, tiempo este en el que muy bien puede hacerse una exhibición de siega o de trilla, «como se hacía antes», para emigrantes y turistas. De modo que con la desaparición de la actual generación de viejos, desaparecerá el recuerdo vivo de ese mundo rural; y habrá que ir a buscar noticia de él en el museo etnográfico local y en la literatura, sea en Cervantes, sea en Azorín o en Delibes; aunque de temer es que sus libros habrán de ser editados con igual profusión de notas y aclaraciones para que puedan ser entendidos.

Se dirá que poco hay que lamentar en esa pérdida a la vista de las mejoras que han traído esas transformaciones, y que sólo los nostálgicos recordarán «como a nuestro parecer cualquier tiempo pasado fue mejor» y no recordarán el tiempo de las miserias de los pueblos. Sí, ciertamente, ya hemos constatado las transformaciones técnica y económica. Pero la pregunta, que hay que hacer una vez más, es si la técnica y la economía son lo decisivo en la vida de los hombres. Y la respuesta, claro está, no es la lamentación ante una marcha atrás imposible. En cualquier caso, las respuestas a la pregunta nos llevarán al análisis ya no del mundo campesino, pues se transformó y ha desaparecido, sino al análisis del mundo actual, lo que ya es otro cantar. Y para hacer ese análisis, conocer y proyectar nuestro mundo futuro, será imprescindible conocer ese mundo pasado y contar con lo que los hombres hicieron en él.

Notas

1. Marias, J., *Innovación y arcaísmo*, Madrid, 1973, p. 68.
2. González de Cardedal, O., *Madre y muerte*, Salamanca, 1993, p. 10.